

# La Sociología Clínica: historias de vida y debates teóricos

Debates o discusión en teoría social

GT 16: Metodología y epistemología de las ciencias sociales

Fabiana Grasseli y Mariano Salomone  
INCIHUSA, CONICET, CCT-Mendoza, Argentina

## Resumen

En el trabajo procuramos explorar críticamente la propuesta teórico-metodológica de la llamada Sociología Clínica, disciplina que ha estado en construcción desde fines de los '70 con sede principalmente en Francia. Dentro de dicha corriente tomamos el pensamiento de una de sus referencias más reconocidas, el trabajo de Vincent De Gaujelac, recientemente traducido al español.

A partir de una fructífera articulación entre psicoanálisis y sociología el autor propone que la aproximación biográfica permite comprender las prácticas sociales a través del vínculo entre novela familiar y trayectorias sociales. La hipótesis central que fundamenta esta propuesta metodológica es pensar al individuo como producto de una historia en la cual busca devenir el sujeto.

**Palabras clave:** Sociología Clínica; Vincent De Gaujelac; individuo/sociedad.

## 1. Introducción

La Sociología Clínica es una disciplina que se encuentra en construcción desde la década de 1970 y ha tenido principalmente su sede en Francia. En continuidad con la psicología francesa (Pagès, Palmade, Enriquez) asume dentro del campo de las ciencias sociales el interés por una mirada que articule el individuo y la dinámica social. En tal sentido, en las instituciones académicas a estado ligada a la preocupación por los límites que imponen a la comprensión de los procesos psicosociales las barreras disciplinarias y las identidades profesionales en espacios universitarios.

Institucionalmente, la Sociología Clínica se ha desarrollado a través del Laboratorio de Cambio Social de la Universidad de París VII, Denis-Diderot; que desde 1988 es dirigido por Vincent De Gaujelac, intelectual del que se ocupará este artículo. No obstante la presencia que ha tenido en el campo intelectual francés, ha tenido un menor reconocimiento en otras regiones geográficas. Actualmente ha sabido ir ganando un lugar interesante en países como Canadá, Bélgica, Brasil, Uruguay, Grecia, Italia y Suiza (De Gaujelac y otros, 2006: 8). La reciente aparición de traducciones al español del pensamiento de Vincent De Gaujelac seguramente va a contribuir a una mayor difusión de esta propuesta.

Etimológicamente “clínica” proviene de klinico en griego, que significa “observar cerca de la cama del paciente”. Este método en medicina supo inaugurar la posibilidad de darle la palabra al paciente para conocer su padecimiento, una apuesta por romper con las concepciones organicistas y funcionalistas de la medicina que no se interesaba más que en los órganos enfermos. El uso en las ciencias sociales implica aproximarse a los actores, tomar en cuenta lo que viven y se representan acerca de su propia existencia. Así, en resonancia con el resto de las propuestas metodológicas que toman en cuenta “la perspectiva del actor”, la Sociología Clínica se construye sobre la escucha, el saber de la experiencia y la consideración del conocimiento que los actores tienen de su mundo social (Taracena Ruiz, 2010). Se trata de una perspectiva que se desarrolla en las ciencias sociales en contraposición al malestar que provoca la mirada positivista sobre las prácticas sociales. Frente a ese

cientificismo de las aproximaciones experimentales, la perspectiva clínica implica reconocer la cuota de incertidumbre que supone la conceptualización de la realidad histórico-social.

La historia de vida ha sido una herramienta metodológica de la sociología desde hace ya largo tiempo, recordemos sin más la Escuela de Chicago de los años 20 y 30. Desde una mirada más amplia ha sabido ganar lugar en el campo de las ciencias sociales, donde los métodos etnográficos son compartidos por diferentes disciplinas. Esa legitimidad de la aproximación biográfica se sustenta sin dudas en el hecho de que permite rebasar cierto número de callejones sin salida a los que se enfrenta reiteradamente la producción de conocimiento en las ciencias sociales: la oposición individuo/sociedad; la necesidad de escapar a la norma estadística; la dialéctica entre lo universal y lo singular; el reconocer en el saber individual un valor sociológico, lo cual tiende a constituir al “objeto” (los sujetos) en coparticipantes de la investigación social, aunque no sea en términos de igualdad sino que el vínculo incluya relaciones de poder.

Ahora bien, en los últimos años los métodos etnográficos como las historias de vida han recobrado un mayor impulso. El recurso a la primera persona y la propia experiencia coloca a la perspectiva del actor y el reconocimiento de la subjetividad en un lugar privilegiado en la producción de conocimiento acerca de lo social histórico. La actual tendencia académica y del mercado de bienes simbólicos se propone reconstruir la textura de la vida y la verdad albergada en la rememoración de la experiencia, la revalorización de la primera persona como punto de vista, la reivindicación de una dimensión subjetiva. Para Beatriz Sarlo esto no resulta sorprendente puesto que hay condiciones ideológicas que lo sostienen, un clima cultural organizado en torno de lo que la autora ha denominado giro subjetivo (Sarlo, 2005), esto es, la confianza privilegiada depositada en esa primera persona que narra sus vivencias.

En este sentido, en este trabajo hemos explorado críticamente los aportes teórico-epistemológicos que realiza la llamada “Sociología Clínica” al campo de las ciencias sociales, a través del pensamiento de Vincent De Gaujelac; a la vez que se ha procurado realizar un recorrido crítico de esos planteos conceptuales poniéndolos en diálogo con otros desarrollos teóricos que se han ocupado de ese campo de problemas.

## **2. La sociología clínica y el vínculo entre individuo y sociedad**

La cuestión del vínculo entre individuo y sociedad tiene como punto de partida la sospecha acerca de que los relatos de vida no expresan solamente historias singulares, sino también de familias, de clases, de pueblos. Así, la hipótesis central es formulada en los siguientes términos: “el individuo es el producto social de una historia de la cual busca devenir el sujeto” (De Gaujelac y Rodríguez Marquez, 2006: 12). En tal sentido, el interrogante de fondo que pareciera organizar el enfoque de la sociología clínica de la mano de Vincent De Gaujelac, es un esfuerzo por comprender los mecanismos que determinan los destinos individuales y colectivos; en particular la articulación entre el funcionamiento social y la “otra escena” que se juega en el funcionamiento psíquico inconsciente. En efecto, los conflictos existenciales del sujeto, su dinamismo inconsciente, se reinscriben en las estructuras mismas del campo histórico-social.

La aproximación biográfica, desde esta mirada, permite salir de la oposición entre la subjetividad del hombre y las regularidades objetivas de lo social, aprehendiendo al individuo como el producto de sus condiciones de existencia, como una condensación de las relaciones sociales en el seno de las cuales está inscripto. Hay una procura por volver a reunir aquellas dimensiones que el pensamiento sociológico dominante había separado y fragmentado: la objetividad y la subjetividad, el pensamiento de lo estructural y de lo simbólico. Así, el objeto de la sociología de historias de vida se construye a partir del análisis de los diferentes determinantes que contribuyen a producir al individuo y el trabajo

que éste realiza para producir su propia existencia (De Gaujelac, Rodriguez Marquez y Taracena Ruiz, 2006).

De esta manera, en las investigaciones que dirige De Gaujelac bajo el proyecto “Novela familiar y trayectoria social”, los dispositivos implementados procuran

analizar en qué medida los destinos individuales, cualquiera que sea su irreductible singularidad, están condicionados por el campo social en el que se inscriben. De evidenciar cómo las relaciones sociales tal como existen en un momento dado (en la sincronía) y tal como han evolucionado (en la diacronía) van a influenciar la historia y la vida psíquica de un individuo, es decir, su manera de ser, de pensar, sus elecciones afectivas, ideológicas, profesionales, económicas, etc. (De Gaujelac, 2006: 44).

Podemos observar, entonces, un doble esfuerzo como objeto de la sociología clínica, encaminado a reconocer la dialéctica entre sujeto e historia. En primer lugar, el individuo como producto de la historia. Aquí se trata de explorar en qué forma la historia individual está socialmente determinada. La sucesión de generaciones inscribe sus efectos en cada uno de los miembros de una familia, así cada uno está ligado a otros por lazos económicos, ideológicos, afectivos que operan en gran medida de manera inconsciente. El individuo está limitado por esos lazos que coartan su libertad de movimiento, pero esos lazos también son relaciones que insertan al individuo en una red relacional que implica el tejido familiar y social (De Gaujelac, 2002; De Gaujelac, Rodriguez Marquez y Taracena Ruiz, 2006). Cada uno se inserta en esta red que sitúa su lugar, su identidad. Es en ese sentido que el hombre es producto de la historia.

En palabras del autor francés, esta perspectiva se emparenta con la noción de *habitus* de Pierre Bourdieu, al señalar el peso de la historia en la construcción de la identidad. La incorporación de *habitus*, como sistema de disposición, es el producto de toda la experiencia biográfica del individuo. El *habitus* es resultado de un conjunto de prácticas que se han constituido a lo largo del tiempo y que se transmiten de generación en generación. La incorporación significa el trabajo de inculcación y de interiorización que hace que el *habitus* forme parte integrante del individuo. Así, se inscribe en el cuerpo, en el psiquismo, en las maneras de hablar, de moverse, de caminar, de investir el cuerpo; y caracteriza el conjunto de actitudes y conductas del individuo.

En segundo lugar, se trata de reconocer que el individuo es también un actor de la historia, es portador de historicidad, es decir, de la capacidad de intervenir sobre su propia historia, función que lo sitúa en tanto sujeto en un movimiento dialéctico entre lo que es y en lo que se convierte. El concepto de historicidad, según De Gaujelac, hace referencia a la posibilidad que cada individuo tiene de actuar sobre sí mismo, de operar un trabajo sobre lo que él es para convertirse en sujeto, de abandonar *habitus* no adecuados y adquirir otros. Nuestro ser no se reduce únicamente al conjunto de determinaciones sociales y procesos de socialización que lo constituyen.

Hay en esta manera de mirar las relaciones entre lo individual y lo social una presencia fuerte del vínculo entre pasado y presente, entre experiencia e identidad: “la experiencia biográfica de un individuo es la que marca su desarrollo y lo constituye como un ser psico-social-histórico” (De Gaujelac, 2006: 45). Ese pasado se encuentra alojado en el inconsciente, inscripto como el conjunto de las condiciones sociales de producción de un individuo quien busca negar, olvidar, ocultar. El inconsciente es siempre, en efecto, el olvido de la historia, la historia incorporada, hecha natural, y olvidada como tal. El individuo es al inicio un heredero, “lo que llamamos el ‘destino’ no es sino la expresión de lo que nos ha sido destinado por aquellos que nos precedieron” (De Gaujelac, Rodriguez Marquez y Taracena Ruiz, 2006: 76). En ese mismo sentido, la noción de *habitus* de Bourdieu es pensada como la presencia movilizadora de todo el pasado donde esto se produjo.

En primer lugar, la fuerte presencia de la categoría de individuo y el esfuerzo por distinguirla de la idea de sujeto. Al parecer, la categoría de individuo refiere, para De Gaujelac, al aspecto alienado de la persona (condicionada/determinada por lo social, en tanto “producto” de la historia); mientras que la noción de sujeto se relaciona con el concepto de historicidad, esa capacidad de los seres humanos para apropiarse de sus condiciones de existencia (en tanto “productor de sus ser”).

Ahora bien, pensamos que resulta un riesgo teórico mantener la distinción individuo/sujeto, en tanto nos expone a reproducir en términos conceptuales el clásico dualismo individuo/sociedad. Por ejemplo, De Gaujelac nos recuerda que una de las reglas metodológicas de Emile Durkheim apuntaba a mantener como proyecto de la sociología el “comprender lo que determina las conductas humanas exteriormente y las representaciones que el individuo se hace de ellas” (De Gaujelac, Rodríguez Marquez y Taracena Ruiz, 2006: 32). Consideramos que la idea de exterioridad de lo histórico-social respecto del individuo es uno de los límites para poder pensar, en forma dialéctica, los vínculos entre lo personal y lo colectivo, entre subjetividad y objetividad, etc. El hecho de que el sujeto no se encuentre en el origen de su vida, no significa que no lo constituya como tal, que lo social no sea parte de su mayor profundidad, de su interior. Es decir, que la sociedad pre-exista al individuo más bien significa que éste no se encuentra en ningún lado, su existencia es siempre un modo de ser social y cultural, de lo contrario no haríamos sino reproducir el equívoco dualismo entre mundo interior y realidad exterior. En definitiva, la distinción individuo/sujeto no parece sino contradecir una de las hipótesis inaugurales de la tradición teórica desde la cual nuestro autor intenta pensar, el psicoanálisis y la noción de un sujeto profundamente dividido en su interior.

En segundo lugar y estrechamente ligado a lo anterior, llama la atención la frecuencia con la que aparece en sus trabajos la referencia a lo social como determinante de lo individual. Primeramente, debemos advertir que, en contraste con la cantidad de referencias a dicha cuestión, no se encuentra en ningún lugar un debate conceptual sobre la noción de determinación. Más bien se trata de la permanente alusión al peso (coacción) que lo social y la historia ejerce sobre las condiciones de existencia de los individuos, marcando sus maneras de actuar, pensar y de sentir. En continuidad con la perspectiva anterior, propia de la tradición durkheimiana, lo social en tanto pre-existente y externo al individuo lo obliga a actuar, lo coacciona en determinada dirección. Así, el conflicto existencial en el que se debate el sujeto es el trabajo de su reconocimiento como producto de la historia y su lucha por retomar las riendas de su propio destino.

Para De Gaujelac, desde el punto de vista psíquico nada estaría total y definitivamente adquirido, porque en el desarrollo de una persona los elementos de una estructura pueden ser modificados y reorganizados. Ahora bien, lo crucial es que en el desarrollo teórico que realiza el autor, en contraste con el reiterado énfasis en los determinantes histórico-sociales, encontramos una escasa identificación de las instancias en las cuales el individuo podría apoyarse para constituirse en sujeto y decidir sobre su propio destino, es decir, bajo qué condiciones podría esa reescritura ser posible. Parte del problema, creemos, está en la referencia un tanto abstracta que hace de esos determinantes sociales -“la historia”, “el pasado”-, todo lo cual tiende a transmitir una imagen monolítica de los mismos y de sus funciones. En efecto, el trabajo de reescritura por el cual aboga no se sabe bien de dónde se sostiene, salvo sobre la idea de una capacidad del individuo tan inherente como abstracta de irreductibilidad psíquica del sujeto.

En síntesis, resulta preocupante el reiterado contraste entre el énfasis puesto en los determinantes histórico-sociales del individuo y la escasa atención que reciben las condiciones históricas y subjetivas sobre las que se sostendría la apertura de la historia, la irrupción de lo nuevo, etc. Aquí no se trata de que “el conflicto” no aparezca en la letra del pensador francés, sino del hecho de que esa asimetría por momentos tiende a crear una imagen que desplaza del enfoque epistemológico general su lugar central,

descuidando el reconocimiento conceptual de los antagonismos sociales, las contradicciones que supone el trabajo de su “incorporación”, los conflictos psíquicos que produce y por ello el carácter ambivalente de los procesos de identificación social, la dialéctica histórica entre pasado y presente, etc. Por el contrario, si reintroducimos esa ambivalencia, incluso deberíamos reconocer que la apertura de la historia es igualmente resultado del trabajo de incorporación del “pasado” o la “historia”, por ejemplo a través de tradiciones sociales y culturales que permitan figurarnos que las cosas no siempre han sido como son y que podrían, en consecuencia, ser transformadas a futuro.

### ***2.1. La neurosis de clase***

La mirada que tiene el autor sobre el vínculo entre individuo y sociedad deja su marca en lo que denomina “neurosis de clase”, uno de los conflictos que puede emerger en el seno de la tensión entre historia e historicidad. “La neurosis de clase especifica un conflicto que emerge de la articulación entre la historia personal, la historia familiar y la historia social de un individuo” (De Gaujelac, Rodríguez Marquez y Taracena Ruiz, 2006: 61). La correspondencia entre esos tres registros permite comprender la génesis y el desarrollo de la configuración neurótica.

El caso de François, joven ingeniero de 28 años que siendo de familia obrera ha llegado a ser ejecutivo, es uno de los ejemplos que trabaja el autor para ilustrar de qué manera las contradicciones sociales (los antagonismos de clase) vienen a reflejarse en un conflicto psicológico que provoca una neurosis de clase. François es hijo de un obrero que ha sido militante del Partido Comunista y de la CGT durante 40 años, quien le ha inculcado el odio hacia la burguesía y, por otra parte, la admiración por las personas que llegan al poder. Se trata de una familia de clase obrera investida del deseo de cambiar el orden a través de la lucha de clases, deseando para sus hijos otro lugar en ese orden. François podrá finalizar sus estudios en el “Politécnico” (institución prestigiosa) a partir de que desposa a una muchacha de la burguesía con quien tendrá a su vez un hijo. De Gaujelac relata cómo François vive ese doble mensaje a través de una contradicción irreductible: para satisfacer el deseo paterno, debe convertirse en lo que sus padres le enseñaron a detestar (De Gaujelac, Rodríguez Marquez y Taracena Ruiz, 2006: 71). La ruptura, el pasaje de la clase obrera a la burguesía, necesita de la adquisición de hábitos nuevos, de un nuevo lenguaje, de prácticas que introduzcan una distancia entre las maneras de hacer y de ser de los padres y de los hijos.

Lo que nos parece crucial señalar en relación al concepto de neurosis de clase, es la noción de clase social que supone. En este asunto, al igual que en el anterior, preocupa no encontrar a lo largo de los capítulos siquiera una problematización general del concepto: ¿qué entiende al autor por clase social? Más bien uno puede suponer, por los ejemplos y casos analizados, que se trata de situaciones de “movilidad social” entre diferentes “estratos” construidos en base a distintas variables o cierta combinación de las mismas (oficio, ingreso, reconocimiento, religión, etc.).

Algo que nos parece importante recordar es que, desde el punto de vista del pensamiento crítico, el análisis social no puede reducirse a reconocer los lugares en el orden social existente, sino que debe también poder historizarlos: ¿cuál es la dinámica social que configura la formación de las clases, cómo un sujeto deviene en obrero o burgués? Al respecto, consideramos que existen dos formas radicalmente opuestas de pensar teóricamente la clase, como ubicación estructural (clasificación, estratificación) o como una relación social (proceso histórico). Está claro que el pensamiento de Vincent De Gaujelac refiere a la primera de ellas, una idea “topológica” de la clase –según los “lugares” que se ocupa en la sociedad. “La comprensión de la relación que cada individuo mantiene con su propia historia necesita de un análisis del sistema social en el cual se encuentra y del lugar que ahí ocupa” (De Gaujelac, Rodríguez Marquez y Taracena Ruiz, 2006: 85).

Ahora bien, este enfoque plantea ciertas dificultades conceptuales para dialectizar las relaciones entre subjetividad/objetividad, entre sujeto/historia, etc. La mirada topológica implica siempre alguna forma de “estratificación”, una jerarquía de estratos según distintos criterios: ingresos, consumo, ocupación, entre otros y ha pertenecido tradicionalmente al pensamiento de la sociología clásica, incluyendo a ciertos marxismos. Lo crucial es que ha sido ésta concepción la que, obligadamente, cae en reduccionismos de distinto tipo a la hora de analizar los determinantes histórico-sociales de los sujetos. En primer lugar, porque debe proceder situando a cada individuo, de manera inequívoca y por completo, en alguno de los “casilleros” contruidos, esto es, los lugares o grupos previamente especificados. En segundo lugar, ese reduccionismo se manifiesta por el hecho de que debe asignar un “rol” o “papel social” a cada clase, encontrándose incapaz de explicar las situaciones en las que prefigura una clase que no desempeña su papel previamente asignado. El pensamiento “topológico” que busca tal tipo de definición, como clasificación, está basado en una concepción dualista entre sujeto y objeto; pues depende de nociones preexistentes de estructuras sociales, económicas y políticas de las cuales deriva el sujeto humano. Asume que ellas definen las condiciones que estructuran los roles y las funciones sociales, permitiendo así su clasificación.

Por momentos estas dificultades conceptuales se hacen presentes en la noción de neurosis de clase de Vincent De Gaujelac, puesto que la misma refiere a todas aquellas situaciones en las que el individuo se ve confrontado a un desplazamiento/desclasamiento: el desclasado es aquel que “interiorizó los habitus no conformes a la posición objetiva que ocupa” (De Gaujelac, Rodriguez Marquez y Taracena Ruiz, 2006: 45). En efecto, la génesis de la neurosis de clase se produce sobre el posible desajuste que puede aparecer en determinado momento entre el lugar que el individuo ocupa y el papel desempeñado (habitus).

Aquí nos enfrentamos con otra cuestión importante. Ese reduccionismo teórico también limita las posibilidades para pensar las alternativas históricas y subjetivas que se abren a los sujetos frente a la tensión entre el pasado y el presente, entre su ser como producto y como productor. Recordemos, según el análisis que realiza De Gaujelac, la encrucijada frente a la cual queda inmovilizado el joven François. Debemos advertir que allí la tensión más bien queda reformulada en términos de una oposición dilemática, reduciendo el conflicto a una opción imposible entre adaptación o traición. ¿Cómo pensar desde ahí las condiciones que permitirían la transformación social, la apertura hacia la irrupción de lo nuevo? En relación especular al peso que adquieren los determinantes sociales, encontramos otro reduccionismo concomitante: la individualización que sufre la lucha de clases. La modalidad que asume el antagonismo social, al menos en los casos analizados por el autor, refiere a un conflicto que tramita el sujeto en forma estrictamente “individual”, esto es, no hay en ningún caso analizado una mención a la capacidad de socialización de esos conflictos, a la extensión de las expectativas del sujeto en un proyecto colectivo de transformación social. Es decir, algo que en algún momento se mostraba de dimensión social y origen colectivo (herencia generacional) tiende a convertirse en un asunto totalmente individual.

### **3. Experiencia y lenguaje**

El campo de problemas abarcado por la propuesta teórico-metodológica de la Sociología Clínica exige hacer visible el haz de tensiones que supone la relación entre dimensión social e individual en los relatos de vida. Una de esas tensiones está configurada por la articulación entre la experiencia vivida y el modo en que esa experiencia vivida es reflexionada, significada y puesta en el orden del lenguaje.

En ese sentido, Vincent De Gaujelac plantea que es necesario distinguir dos dimensiones interrelacionadas dadas por las trayectorias sociales efectivas de los individuos y las representaciones

individuales de la historia familiar y social. Esto sugiere la existencia de una cierta dialéctica entre dos niveles diferenciados que se entrecruzan e implican en las narraciones autobiográficas: el itinerario vital de un sujeto condicionado por las relaciones sociales en las que transcurre su existencia y las reelaboraciones singulares que dicho sujeto es capaz de producir acerca de ese trayecto vital.

En esa línea, el autor considera que toda práctica humana individual es una actividad sintética, una totalización activa de todo el contexto social. Entonces, la actividad de narrar la propia historia, de producir el testimonio sobre la experiencia vivida constituye un hacer, que en tanto inserto en la praxis social, “se apropia de las relaciones sociales (las estructuras sociales), las interioriza y las transforma en estructuras psicológicas por su actividad de desestructuración-reestructuración” (De Gaujelac, Rodríguez Marquez y Taracena Ruiz, 2006:22). Ciertamente, esta afirmación de De Gaujelac, retomada de Franco Ferrarotti (1981) parece insistir en que el relato de una historia singular individualiza la historia social colectiva, de la cual es, a la vez, el producto y la expresión. Lo individual y lo social, lo universal y lo singular no sólo no se oponen sino que se re-asumen en un proceso dialéctico en constante movimiento.

Esa tensión aparece en los desarrollos teóricos de De Gaujelac como una constatación que le permite advertir en la aproximación biográfica una nueva posibilidad metodológica para las ciencias sociales. Las narraciones testimoniales se configuran desde esta perspectiva como una mediación que da cuenta de ese “inevitable choque histórico entre un proyecto y sus posibilidades estructurales” (Tognonato, 1999), habida cuenta de que en ese carácter reside su potencialidad para explicar la multiplicidad de articulaciones entre los agentes y el devenir histórico. La mirada de De Gaulejac posibilita advertir una concatenación de tensiones vinculadas a esa tensión fundante en la narración de una experiencia: la relación entre lo vivido y la producción de un discurso sobre eso vivido. La historia de vida, el discurso narrativo, entonces, consta de dos aspectos. Por una parte, designa una realidad factual, lo real-acontecido, eso que “realmente” pasó en el curso de la existencia de un individuo (o de un grupo), y por otra parte, el relato testimonial designa las representaciones y significaciones que él mismo y otros han producido sobre su historia/biografía por medio de sus relatos (De Gaujelac, Rodríguez Marquez y Taracena Ruiz, 2006). El primer aspecto, según el autor, es del dominio del análisis histórico y de la sociología y se relaciona con una tentativa de reconstrucción “objetiva” y de búsqueda de los determinismos, es decir, de los diferentes materiales a partir de los cuales una vida se construye. El segundo aspecto es del dominio del análisis clínico y responde a una intención de comprender, a partir del relato de lo vivido, la manera en que el individuo habita esa historia en el plano afectivo, emocional, cultural, familiar y social dentro de sus dimensiones conscientes e inconscientes. Los dos aspectos, asevera insistentemente De Gaujelac, están continuamente implicados (De Gaujelac, Rodríguez Marquez y Taracena Ruiz, 2006).

Esa elaboración teórica muestra uno de los presupuestos que atraviesan los desarrollos de la Sociología Clínica y que está dado por la idea de que el conjunto de tensiones que advierte entre individuo/sociedad, realidad objetiva/subjetiva, pasado/presente son “expresadas” por medio del discurso producido como relato de vida. Si bien el autor reconoce que las palabras no sólo dicen lo que pasó, sino que en ese hablar su historia el individuo la (re) descubre (De Gaujelac, Rodríguez Marquez y Taracena Ruiz, 2006) y las palabras “transforman esta realidad”, a lo que se refiere es al hecho de que la puesta en palabras de una experiencia supone una serie de operaciones psíquicas en las que intervienen el acto de recordar, de reconstruir la secuencia histórica, de organizar el relato de lo acontecido desde las significaciones que adquiere en el presente subjetivo y colectivo (De Gaujelac, Rodríguez Marquez y Taracena Ruiz, 2006: 30).

No obstante esta interesante observación, no hay otras advertencias sobre las contradicciones que comporta la inscripción de la experiencia en el orden del discurso, o bien, sobre las dificultades de

pensar que los objetos reales y del pensamiento son figurados por los signos lingüísticos. De hecho resulta llamativo el escaso desarrollo de la cuestión del lenguaje en los textos de De Gaujelac, lo cual da cuenta de que en este punto, el complejo universo de tensiones en el que discurre su propuesta pareciera optar por una perspectiva dualista y desinteresarse de problematizar, o bien, esquivar un nudo teórico ineludible desde nuestro horizonte histórico-cultural. De este modo la propuesta de De Gaujelac desemboca, por defecto u omisión, en una concepción sobre el lenguaje cercana a la idea de que los enunciados constituyen un vehículo transparente por medio del cual el sujeto puede dar cuenta de lo real y de sus representaciones sobre lo real. El lenguaje se propone como un “tercer nivel” en relación, el de la expresión discursiva, y queda presentado como un territorio –el espacio de los discursos- en el cual los hechos transitados en un itinerario vital y las elaboraciones psicológicas de los sujetos sobre ese itinerario vital pueden ser representados. De manera que el señalamiento que se pretende realizar aquí pone la atención en aquello que De Gaujelac evita de teorizar, más que en las categorías que desarrolla. Con estas observaciones no se busca hacer una crítica sustentada por argumentos provenientes de algunas teorías agrupadas bajo la denominación “el giro lingüístico”, que en varias ocasiones terminan por resolver las contradicciones entre sujeto, sociedad y lenguaje suprimiendo la existencia de la realidad por fuera de los límites de lo decible y valorando lo simbólico como “la” variable explicativa. Más bien, lo que interesa aquí es poner en juego lo imprescindible de asumir los riesgos teóricos que implica el trabajo sociológico con las historias de vida, un trabajo que supone considerar las complejidades de la experiencia histórica subjetiva y colectiva y de las relaciones entre la experiencia y la dialéctica siempre viva del lenguaje.

Un posible punto de partida está en recuperar las tensiones que identifica De Gaujelac y que habilitan a confrontar sus conceptualizaciones con otros/as teóricos/as que, al igual que nuestro autor, llevaron adelante la difícil tarea de pensar las articulaciones entre experiencia y relato. Desde la teoría feminista, Shari Stone-Mediatore ha señalado que experiencia y discurso no constituyen fenómenos que se corresponden, sino fenómenos que se moldean entre sí. Los sujetos re-interpretan sus historia, re-escriben sus experiencias en un contexto colectivo cuando las narran. Sin embargo el lenguaje con el que construyen sus historias de vida no es un elemento neutro, ahistórico, abstracto (Stone-Mediatore, 1999). Como han mostrado Mijail Bajtin y Valentin Voloshinov, la palabra es una arena de combate. El significado del signo está acuñado socialmente en el marco de la lucha de clases, ya que en cada enunciado conviven en conflicto valoraciones hegemónicas y subalternas en pugna por apropiarse del signo (Voloshinov, 1976; Bajtin, 1989). La experiencia subjetiva/colectiva no puede reducirse a producción discursiva, pero tampoco puede pensarse sin abordar los intrincados y dialécticos vínculos entre lo vivido, lo recordado, lo narrado.

#### **4. Conclusiones**

El recorrido conceptual que se ha realizado a través de la propuesta de Vincent de Gaujelac ha permitido explorar críticamente una perspectiva que tiene como núcleo teórico un elemento fundamental para el trabajo sociológico: el cuestionamiento insistente a la fragmentación de la totalidad social que se impone desde los determinismos historicistas y las explicaciones psicologistas. El esfuerzo teórico de esta propuesta por introducir una mirada transdisciplinaria dedicada a comprender la imbricación compleja entre individuo y sociedad da cuenta de un modo de aproximación a lo humano que atiende a una dialéctica entre el sujeto como producto sociohistórico y como productor de la historia.

No obstante este reconocimiento se han realizado algunos señalamientos a propósito de cuestiones, que a nuestro juicio, resultan claves para establecer criterios de análisis de las historias de vida, o dicho



de otro modo, para abordar la dialéctica entre lo objetivo y lo subjetivo; lo individual y lo colectivo; la experiencia y lo relatado.

## 5. Bibliografía

Bajtin, Mijail (1989). *Teoría y estética de la novela*. Madrid: Taurus.

De Gaujelac, Vincent (1999). Historias de vida y sociología clínica. *Temas sociales*, 23, s/n.

De Gaujelac, Vincent (2002). Lo irreductible social y lo irreductible psíquico. *Perfiles Latinoamericanos*, 21, 49-71.

De Gaujelac, Vincent; Rodríguez Marquez, Susana y Taracena Ruiz, Elvia (2006). *Historia de vida. Psicoanálisis y Sociología clínica*. México: Universidad Autónoma de Querétaro.

Ferrarotti, Franco (1981). *Storia e storie di vita*. Roma-Bari: Laterza.

Sarlo, Beatriz (2005). *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Stone-Mediatore, Shari (1999). Chandra Mohanty y la revalorización de la experiencia. *Hiparquia* Vol 10 N°1, 85-109.

Taracena Ruiz, Elvia (2010). La sociología clínica. Una propuesta de trabajo que interroga las barreras disciplinarias. *Veredas*, número especial, Año 11, 53-86.

Tognonato, Claudio (1990). Prefacio, 7-10, en Ferrarotti, Franco, *La historia y lo cotidiano*. Buenos Aires, CEAL.

Voloshinov, Valentin (1976). *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Williams, Raymond (2000). *Marxismo y literatura*. Barcelona, Península.